

SAN FRANCISCO DE ASÍS

HERMANN HESSE

SAN FRANCISCO
DE ASÍS

Traducción de Ariel Magnus



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Franz von Assisi*.
Mi farbigen Bildern der Fresken von Giotto und einem Essay von Fritz Wagner

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basada en un diseño de Pepe Far

Las imágenes de este libro reproducen frescos de Giotto di Bondone
de la Basílica de San Francisco de Asís

Primera edición: octubre de 2013

© Insel Verlag Frankfurt am Main 1988

All rights reserved by and controlled through Insel Verlag Berlin

© de la traducción: Ariel Magnus, 2013

© de la presente edición: Edhasa, 2013

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-1085-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 18112-2013

Impreso en España

Índice

<i>A modo de introducción</i>	9
La vida de San Francisco.	15
Leyendas	55
A modo de conclusión	67
Apéndice	73
El juego de las flores.	85
<i>San Francisco de Asís y Hermann Hesse</i>	99
<i>Sobre esta edición</i>	139

A modo de introducción

Desde tiempos remotos han vivido ocasionalmente sobre la tierra grandes y maravillosas personalidades, que no se empeñaron en ser famosos mediante extraordinarios hechos puntuales o a través de obras poéticas y de libros. Sin embargo, estos espíritus tuvieron una inmensa influencia sobre pueblos y épocas enteras; todos los conocían, hablaban de ellos con fervor y deseaban saber más sobre sus personas. Su nombre y alguna noticia de su existencia estuvieron así en boca de todos, y tampoco con el correr de los siglos llegaron nunca a perderse, pese al ir y venir y a la mutación de los tiempos. Pues aquellas personas así labradas no ejercían su influjo a través de obras o discursos o artes dispersas, sino sencillamente porque toda su vida parecía haber nacido de un único gran espíritu propio y se desplegaba ante la vista de todos como una luminosa y divina imagen y ejemplo.

Estos seres ejemplares, aun cuando no hayan realizado ni una sola gran obra visible, se adueñaron y conquistaron los corazones de manera inolvidable por medio de sus vidas, pues orientaron la totalidad de su quehacer y de su existencia a partir de un único espíritu superior, del mis-

mo modo que un arquitecto y artista erige una catedral o un palacio, no según sus correspondientes caprichos o vacilantes humores, sino siguiendo un pensamiento claro y un vívido plan. Todas ellas fueron almas fogosas y potentes, consumidas por una fuerte sed de infinito y eternidad que no les concedía descanso ni bienestar hasta que no reconocieron, más allá de las costumbres y los modos de sus días y de sus contemporáneos, una ley eterna según la cual regir sus acciones y esperanzas.

Fueron poetas, santos, taumaturgos, sabios o artistas, cada uno a su modo y según sus cualidades, pero todos se parecían por constitución en que concebían la brevedad y la fragilidad de la existencia sobre la Tierra como una analogía de lo eterno y estable, y en que aspiraron con deseo ardiente y pasión temeraria a enlazar Cielo y Tierra en sus corazones, insuflando lo terrenal y perecedero con la brasa de la vida perenne. De este modo, sus vidas estuvieron liberadas de las ataduras mortales y de los quebrantos temporales y ahora se yerguen, despojadas de todas las contingencias y coberturas terrenales, como un milagro ante la memoria de los hombres.

Cada una de las vidas así llevadas por un hombre formidable no es otra cosa que un regreso al principio de la creación, y un devoto saludo desde el paraíso de Dios. Pues aquellos grandes soñadores y almas heroicas siempre rehusaron beber de aguas turbias; nunca se contentaron con simulacros, nunca se conformaron con un nombre en vez de con una esencia, ni con una imagen en lugar de lo real; antes bien, buscaron volver, con impulso incansable, a las fuentes primigenias y puras de toda

fuerza y de toda vida, trataron a las almas misteriosas de la Tierra, a las plantas y a los animales como si fueran sus iguales y estuvieran estrechamente emparentados con ellas, y ansiaron hablar de sus penas y preguntas íntimas, en vez de con retratos o símbolos o sombras vacías, directamente con Dios.

Así fue como acercaron a Dios a todas las otras personas, confiriéndole al misterio de la creación nuevo valor y encarecimiento e interpretándolo desde una intuición sagrada. Una y otra vez volvieron a descubrir la esencia y la ley del ser interior, puesto que se enfrentaron a la Tierra y al Cielo en cierto modo desnudos y como si fueran los primeros hombres, mientras que nosotros creemos poder vivir dentro de la carcasa de las ideas seguras y la costumbre heredada.

Estas personas verdaderamente profundas y sustanciales a menudo fueron desacreditadas en un principio como locos, y no falta gente a la que un alma semejante siempre se le aparezca como algo incomprensible y delirante. Pero a quien contempla con ánimo serio, la vida de un gran hombre se le presenta como un raudal que brota de las fauces y como un grito ardiente de toda la humanidad. Pues lo cierto es que una vida como esa es siempre un sueño hecho figura y persona, es la manifestación visible de una nostalgia y un anhelo de eternidad de toda la Tierra, cuyos fugaces seres vivos siempre estuvieron empeñados en unir su destino con el de las estrellas eternas.

En aquel tiempo lejano, al que denominamos *ae-vum medium* o Medioevo, se fueron alzando entre los

espíritus y los pueblos fuerzas colosalmente hostiles, y los países se hallaban atravesados por los temblores y los gemidos de las penurias bélicas y las grandes batallas. Sangrienta discordia ardía entre los reyes y los Papas, las ciudades combatían a los gobernantes, la nobleza y la plebe se hallaban aquí y allí en amarga querrela. Y la Iglesia romana, como patrona del mundo, estaba más afanosamente ocupada en armamentos, alianzas y nunciaturas, excomuniones y castigos, que en la paz de las almas. Entre los angustiados pueblos surgió una profunda escasez. En varios lugares aparecieron nuevos maestros y comunidades, que hacían frente a las duras persecuciones de la Iglesia sin importarles su propia vida; otros siguieron en masa las violentas campañas hacia la tierra prometida. En ninguna parte había una guía o una seguridad, y la impresión era que el occidente y corazón de la Tierra, pese a su brillo exterior, estaba cerca de desangrarse.

Entonces sucedió que en Umbría, un joven desconocido, presa de dilemas morales y con una profunda humildad, decidió en su fuero interno, de modo ingenuo y desinteresado, ser con su vida un modesto y fiel discípulo del Redentor. Los feligreses lo siguieron, al principio dos y tres, luego cientos, más tarde muchos miles, y de ese humilde hombre de Umbría partió una luz de vida y una fuente de renovación y amor sobre la Tierra, de la que un rayo brilla aún en nuestros días.

Era él Giovanni Bernardone, llamado San Francisco de Asís, un soñador, héroe y poeta. De él se ha conservado un solo rezo o canción, pero en lugar de pala-

bras y versos escritos nos ha legado el recuerdo de su vida sencilla y pura, que se ubica en belleza y silenciosa grandeza muy por encima de muchas obras poéticas. Por eso quien cuente su vida no precisa más palabras o reflexiones, de las que entonces yo me abstengo ahora con alegría.

La vida de San Francisco

En el siglo XII vivía en Asís, en la región italiana de Umbría, un mercader que se llamaba Pietro Bernardone y que contaba con grandes riquezas y buena reputación entre sus conciudadanos, además de pertenecer, como vendedor de telas, a la clase más distinguida de comerciantes. Como era costumbre y parecía necesario en aquel tiempo, el señor Bernardone realizaba a menudo largos viajes a ciudades y países distantes, a fin de adquirir sus géneros en célebres mercados. Con especial preferencia y gusto viajaba a la Franconia meridional, sobre todo porque la rica ciudad de Montpellier contaba con un gran mercado permanente. Allí mismo aprendió el idioma de Franconia, además de sus usos y costumbres, y acumuló todo tipo de conocimientos. De todos modos, por aquella época los mercaderes eran de otro tipo y llevaban un estilo de vida diferente del que puedan llevar hoy. Sus viajes por el mundo no estaban exentos de gran peligro, lo que los convertía un poco en caballeros andantes; además, portaban consigo diversas novedades y saberes de un país al otro, administraban los negocios de los príncipes y de los poderosos y eran involuntariamen-

te los divulgadores y mensajeros de todos los nuevos acontecimientos, enseñanzas, canciones y noticias. No sólo adquirirían mundo y finas costumbres, sino que también transportaban más allá de los países los nuevos pensamientos de los hombres sabios y sus enseñanzas, junto a otras informaciones.

El dicho señor Bernardone tenía por esposa a Domina Pica, de la que poco se sabe aparte de que provenía de una casa noble (por eso se la llamaba Domina). Más allá de eso, podemos confiar en que la señora Pica tenía sus raíces en las tierras provenzales, de las que también su marido había traído su gusto por el carácter libre y armonioso de los de Franconia y por su idioma. Cuanto menos saben decir los viejos autores sobre esta dama de noble cuna, tanto más desearía uno tener y contemplar un retrato de su persona, a la que no se la puede imaginar de otra manera que amorosa, suave y alegre, del tipo de los provenzales, que tanto sabían orar con fervor como cantar y rimar con gracia. Y cuando se observa la vida y la conducta de su hijo, no nos abandona el pensamiento de que este hombre tuvo sin duda una madre sumamente bondadosa.

De nada se hablaba con tanta frecuencia por ese entonces como de las cosas de la fe y de la Iglesia, que pese al gran triunfo exterior parecía presa de la parálisis interior y el languidecimiento. Lo cual provocaba muchos suspiros, sobre todo entre el pueblo pobre, al que hoy podemos imaginar como una árida tierra de labranza, o como un venado sediento que grita y tiembla de pena y ansias. Al igual que un niño perdido en

un lugar oscuro y salvaje que se desespera y se asusta y en su profundo temor grita pidiendo ayuda, en las almas de aquellas personas estallaba y temía con fogoso anhelo una nostalgia sedienta de agua fresca. Aquí y allí se alzaban los profetas, se ponían de pie los videntes y los penitentes y se congregaban anhelosas comunidades, pero la Iglesia los excomulgaba y perseguía por herejes y apóstatas.

Sobre estos movimientos espirituales, cuyas variantes más potentes tenían su epicentro en las tierras de la Provenza, todos deseaban tener novedades. No había nada de lo que un mercader viajero oyera hablar tanto, ni nada sobre lo que se lo interrogara en todas partes de manera más asidua. También el señor Bernardone sabía de estas cosas, y es posible que en su casa se hablara mucho sobre ellas. En todas partes la humanidad estaba deseosa de una fe viva y añoraba la buena nueva de Dios y de las cosas eternas, que en las doctrinas y los usos de la Iglesia estaba reseca y desfallecida.

Aparte de esto, Bernardone hablaba del comercio en el mundo, de la guerra y la caballería y del rey Federico Barbarroja, que regía por aquella época. A Barbarroja, a quien las ciudades italianas le arrebataron mucho poder en la victoria de Legnano, le siguió luego el rey Enrique VI, quien a su vez asedió duramente a Italia. En ese entonces, el rey impuso también en la ciudad de Asís a un severo gobernador, Konrad de Suabia, llamado Duque de Spoleto, que regía sobre la ciudad desde su fortaleza manteniendo un severo régimen sobre las tierras y las gentes.

Así es como en cierta forma se reflejaban en la casa del señor Bernardone diversos destinos y acontecimientos del mundo, y dentro de ella tenía lugar una vida diversa y dinámica. La ciudad de Asís, tal como lo sigue siendo al día de hoy, era un paraje y lugar de residencia bello y espléndido. Está ubicada sobre la empinada ladera de una alta colina, detrás de la cual sobresale el inmenso Monte Subasio, y desde Asís se tiene una amplia y muy exquisita panorámica de toda la región de Umbría, que se cuenta entre las más bellas y fértiles de Italia, con numerosas ciudades, pueblos, aldeas y monasterios.

Ocurrió entonces en el año del Señor de 1182 (o 1181, como opinan algunos) que la señora Pica de Asís dio a luz a un niño, mientras que su esposo seguía de viaje en Franconia. La madre decidió darle al bebé el nombre de Juan. El día en que esto ocurrió, llegó a la casa un viejo peregrino, a quien nadie conocía, y solicitó ver al niño, lo tomó en brazos, lo observó con afectuoso arrobamiento y estalló en un sonora alabanza, en la que le vaticinaba al recién nacido un destino grande y maravilloso. El niño fue luego bautizado en la catedral con el nombre de Giovanni, es decir, Juan.

Tiempo después, cuando su padre Bernardone regresó de su viaje, lo llamó Francisco, y ese es el nombre que le quedó para siempre. Se lo dio, según se cree, debido a su particular predilección por Franconia y por todo lo francés. Y ya a tierna edad aprendió Francisco el

idioma galo, que más tarde usaría con gusto, sobre todo cuando se recogijaba entonando bellas canciones.

Por lo demás, el niño creció sin demasiada instrucción y sólo se le enseñaron los rudimentos de la escritura y del latín. En toda su vida no acudió a la pluma más que a desgana y con esfuerzo. Pero así como no fue educado para ser ningún erudito, con tanta mayor felicidad gozó de las satisfacciones de sus años mozos y vivió el día a día con su mirada límpida, pues era de carácter vivaz y luminoso e inclinado de corazón por todo lo bello y alegre.

A medida que iba adentrándose en la juventud, un anhelo comenzó a animarlo, como si estuviera obligado a hacer algo singular y formidable de sí mismo. En su joven alma se agitaba, oculto y oscuro, el impulso innato, aún sin objetivo ni certeza, como un alegre batir de alas. Con tempestuoso afán se lanzó hacia la vida, colmado de grandes ansias por reconocer todo el esplendor y la valía del mundo y apoderarse de ellos. Ante todo le resultaba fino y deseable entregarse a una vida caballeresca y ostentosa, hacia la que se inclinaba con todo su ser. Por aquellos años resonaban desde Francia las primeras dulces y poderosas canciones de amor de los trovadores francófonos, que inducían en el efusivo muchacho un profundo deseo y presentimiento, de tal modo que lo hizo amar Franconia como si fuera una lejana patria. Ser caballero y trovador eran sus más íntimos sueño y anhelo.

Su padre, si bien no pertenecía a la nobleza, era rico y gozaba de gran estima, por lo que Francisco trabó amis-

tad con los hijos jóvenes de los nobles, se ejercitó en el uso de armas y en el canto, gastaba mucho dinero y vivía en todo como un perfecto joven de la nobleza. Gozaba con frenesí de las magnificencias del mundo, se ataviaba rica y bellamente, ofrecía comilonas y banquetes, se entretenía montando, practicando esgrima, jugando y bailando y con todo tipo de diversiones. Sus camaradas y amigos lo querían mucho, en parte por su dinero, aunque no en menor medida por su carácter alegre, cariñoso y verdaderamente noble, pues en fineza de modales y distinción de sentimientos no le iba en zaga a ningún barón de alto linaje. Ante todo le gustaba el derroche y el desprendimiento, que le parecían especialmente convenientes a un verdadero caballero. Al poco tiempo se convirtió para los jóvenes señoritos en un líder y un rey, llamado *princeps juventutis*.

Así y todo, siguió siendo de corazón tierno y compasivo. Sucedió una vez que un mendigo indigente entró en la tienda de su padre y rogó en nombre de Dios por una pequeña limosna. Francisco lo increpó y lo echó afuera. Pero enseguida le dolió su dureza y se arrepintió tanto que persiguió al pordiosero por las callejuelas, lo alcanzó y le dio el doble.

Entretanto llegaron tiempos turbulentos. El gobernador del rey, el señor Konrad, conde de Spoleto, tuvo que rendirse al Papa y, no bien hubo abandonado Asís, los habitantes de la ciudad atacaron su fortaleza, la ocuparon y arrasaron con ella, hasta no dejar una sola piedra en pie.

Pero lo perpetrado fue poco beneficioso para la ciudad. El pueblo bajo, no satisfecho con la destrucción del castillo feudal, dio comienzo a una batalla a sangre y fuego contra la nobleza, que cayó en severa desgracia. En su apuro, algunos de estos barones imploraron la ayuda y la protección de Perugia, a lo que esta poderosa ciudad emprendió enseguida una guerra contra los de Asís y los venció en una batalla a campo abierto. En esta batalla luchó junto a muchos de sus camaradas también Francisco, aunque no del lado de aquellos traidores a la patria, sino al servicio de su ciudad natal, y junto a muchos otros cayó prisionero de los enemigos y fue conducido a Perugia. Allí permaneció preso un año entero y regresó a Asís a fines de 1203.

Durante su prolongada estancia en el calabozo, el joven perdió tan poco de su alegría y ambición, que antes bien alegraba y consolaba a los otros prisioneros, soñando y hablando con más ahínco que antes de la vida de los caballeros y las glorias de la guerra. Apenas fue liberado de Perugia y regresó a su hogar, volvió a su lujosa vida de comilonas, arrogancia y derroche, precipitándose con avidez en todos los placeres mundanos, como sediento por estrechar entre sus brazos anhelantes toda la magnificencia de la Tierra y saciarse hasta lo más profundo con cada uno de sus goces. A su ánimo potente y encendido no le era posible ahorrar y ser prudente: toda su vida participó de cada cosa que hizo con el corazón efervescente y ajeno al descanso y a la saciedad.

Su madre Pica, a la que se le reprochaba la exuberante transformación de su hijo, lo absolvía desde la in-

tuición de su corazón y confiaba firmemente en que Dios encarrilaría en breve los ímpetus por el buen camino.

Tiempo después, Francisco cayó víctima de una severa enfermedad y sintió la mano de la muerte posándose sobre él. Fue entonces cuando empezó a notar que de una vida de permanente jolgorio no podía nacer ninguna satisfacción ni calma interior, y aunque no conocía ningún camino hacia otros bienes, anhelaba con la mayor vehemencia abarcar toda la vida con gran amor. Así fue como recayó otra vez en el papel de anfitrión y en la vida regalada, aunque aspirando simultáneamente a una gloria más noble y a la honra verdadera, por lo que hablaba a menudo de que su intención era ser un príncipe y un señor con poder sobre muchos. Pues le parecía que la caballería encerraba todo lo elevado y cualquier tipo de salvación.

Resonó entonces la noticia de que en el sur de Italia el señor Walter de Brienne se había alzado en armas al servicio del Papa. Y por doquier decidieron los valientes y afanosos hombres y jóvenes marchar hacia allí, puesto que el señor Walter de Brienne era un gran héroe y una estrella de la caballería, y su nombre tenía el sonido del silbar de las espadas y las lanzas y de los resonantes cantos de la victoria. Esa misma noticia encendió el ánimo del joven Francisco, al que le pareció que ahora se desplegaba ante su persona todo el esplendor y la honra del mundo. Junto a él se dispusieron a partir, bajo el mando de un mismo capitán, varios jóvenes nobles de la ciudad; pero Francisco los superaba a todos por el brillo y la fas-

tuosidad de sus prendas y sus armas, por lo que todos se sorprendieron no poco. A su vez, compartía con muchos su audaz y altiva idea de convertirse en un héroe y un príncipe, lo cual a algunos les sonaba a vana jactancia, pero para él constituía un designio sagrado de su corazón. Su ánimo fogoso estaba hecho de tal guisa que no se sentía a gusto con medianías ni satisfacciones parciales, sino que codiciaba con ardor únicamente lo más precioso y lo más espléndido de la Tierra.

Tras armarse de la mejor manera, Francisco se subió a su corcel junto a sus correligionarios, se despidió con un valeroso ¡adiós! y cabalgando en su costosa armadura salió de la ciudad, al modo de un intrépido trotamundos y aventurero, hacia las luchas y los honores y las diversiones del ancho mundo. Los cuernos lanzaron sus resueltos sonidos, su hermoso caballo se puso al trote y resopló impaciente en la claridad del día, su atuendo resplandecía y crepitaba bajo el sol y su joven mente le anticipaba en sueños las coronas doradas que lo esperaban en lejanas almenas.

Ocurrió entonces que en el primer día de viaje el joven oyó la voz de Dios, de tal modo que su corazón tembló y en su interior se desvanecieron las deliciosas imágenes del placer y la vanidad. Nadie sabe lo que se le comunicó en esta hora, ni qué tipo de voces desgarraron y doblegaron su alma. Sobre el instante en que se decide el destino interior de un hombre siempre se expande una oscuridad, como sobre un misterio sagrado. De cuáles

fueron los pensamientos de Francisco o de sus rostros interiores, de eso nunca habló. Pero debe ser que de pronto los enigmas de la vida y de la muerte se le presentaron con claridad ante los ojos y una fuerza sagrada lo obligó de manera ineluctable a hacer una elección y a buscarle una meta a su camino. En Spoleto fue presa de una fiebre, y poco después regresó solo a Asís, en silencio y afligido. Su magnífica armadura se la había regalado a un hidalgo empobrecido.

Tanto sus padres como el resto de la gente de la ciudad estaban muy sorprendidos, se enojaron con él y se le rieron en la cara, haciendo blanco de sus burlas a esa persona que había querido regresar convertida en un célebre señor y príncipe. Los antiguos amigos, en cambio, esperaban volver a llevar con él una vida regalada a costa de sus despilfarros.

Pero él deambulaba reflexivo y sufría en su corazón, cual herido por una flecha. Su alma estaba vacía y el temor mortal, la angustia y el tormento lo agobiaban, pues había reconocido la vanidad de sus sueños y esperanzas, sólo que nadie había allí para señalarle un camino de salvación. En estos días, Francisco debe haber sufrido las penurias de todo aquel tiempo en su propia alma, la melancolía y el miedo absoluto lo consumieron, al punto de que desde su corazón herido clamó al Cielo por salvación. En tanto así luchaba y padecía y desesperaba, no era consciente de que muchos miles en la Tierra sufrían estos mismos suplicios y clamaban como prisioneros desde sus oscuros calabozos, ni sabía o intuía que él sufría y pugnaba por la liberación de todos esos miles.

Sus antiguos amigos y compañeros de mesa le enviaron entonces una propuesta para que les preparara una comida y volviera como antaño a agasajarlos y divertirse con ellos en el papel de anfitrión y rey de la fiesta. A fin de complacerlos, Francisco los convocó a todos cierto día y les brindó una comida opípara y costosa. La concurrencia lo proclamó señor y rey del banquete y le puso en las manos, como se acostumbraba a bromear por aquella época, un palo a modo de cetro. Se celebró el ágape y se empinó el codo con júbilo y estrépito, choque de vasos y risotadas, hasta bien entrada la noche. Como todos terminaron borrachos y locos de contentos, atravesaron gritando y cantando las callejuelas dormidas. Tras un rato notaron que Francisco ya no estaba con ellos, lo buscaron y lo encontraron parado en un callejón, silencioso y meditativo.

Lo rodearon entre risas y burlas, pero él parecía transformado, pues en ese momento se había hecho la luz en él y su alma oprimida divisó a lo lejos una salida para su cautiverio y sus tormentos. Entretanto, sus beodos camaradas tiraban de él y lo acosaban metiendo bulla.

—¿Qué sueñas? —exclamaron burlones—. ¿Con qué te devanas los sesos, Francisco?

Uno rió fuerte y vociferó:

—Mirad, amigos, ¿no parece como si estuviera pensando en tomar una mujer?

Al escuchar estas palabras, la víctima de sus mofas alzó un semblante pálido pero alegre y habló con voz nítida:

—Así es, dices la verdad. Estoy pensando en tomar novia, pero ella es mucho más distinguida, rica y bella de lo que ustedes puedan pensar o imaginarse.

Y sonrió al decir esto.

Sus amigos rieron, se fueron y lo dejaron allí parado. Él dejó caer al suelo el palo de rey, que aún llevaba consigo, y con él renunció a la vida que había llevado hasta entonces y su desperdiciada juventud. La bella y noble novia de la que había hablado de manera alegórica era la pobreza, con la que pensaba desposarse muy pronto y para siempre.

Puede que alguno que otro, leyendo esto, también se ría y sacuda la cabeza como si se tratara de un loco, tal como hicieron los amigos de Francisco. Pero sus ansias dieron con aquello que anhelaban, eso que no habían sabido darles ni la sabiduría ni la Iglesia ni los placeres mundanos. Recordando con dolor que el hombre no es más que un peregrino y un fugaz huésped sobre esta tierra, errante entre la vida y la muerte y jamás seguro de posesión alguna, se arrojó con renovado ardor amoroso al seno de Dios y se empeñó en lo sucesivo por encontrar su camino hacia la vida partiendo únicamente de la candidez y el ardor de su corazón. Su mirada nostálgicamente indagadora se representó la imagen del Salvador y la de sus primeros discípulos, y al igual que éstos decidió liberarse de todas las ataduras y afiliarse no a las leyes, sino únicamente al amor, entregándose al amparo de Dios como un niño al que dan su alimento los animales del campo y los pájaros del cielo.

Esta valiente confianza, y el hecho de no elegir en su penuria otra guía más que a Dios mismo, fue lo que lo santificó y lo convirtió en un consuelo y en un redentor para innumerables personas. Así fue como halló lo que no encontraron ni los sacerdotes ni los estudiosos de aquel tiempo: el camino de regreso a Dios, que se había perdido. Por esa razón la tierra no desapareció para él, sino que más bien le fue regalada por segunda vez, pues su inculto ánimo de poeta volvió a encontrar embelesado la unidad perdida del mundo, abrazando así al tiempo y a la eternidad con idéntico amor puro.



Francisco le regala su manto a un hidalgo empobrecido.

Desde ese momento, el hijo del rico señor Bernardone ya no fue visto en compañía de la joven nobleza durante sus juegos y su vida disipada, sino siempre en soledad o entre los pobres e indigentes. Pues no sólo colmaba de regalos a cada mendigo, sino que también hablaba con ellos, consolándolos cariñosamente. En efecto, la fuerza de su humilde amor lo empujaba hacia los más débiles y despreciados. Cierta vez en que andaba a caballo vio tirado en el camino a un leproso, y aunque en un principio y respondiendo a su natural espanto se dio la vuelta, enseguida se avergonzó, volvió sobre sus pasos, se apeó del caballo, le dio al leproso sus ropas, habló con él y le tendió la mano. Desde entonces se mantuvo fiel a los más pobres con especial amor, y puesto que ninguna entrega ni bondad se pierde ni queda sin recompensa y repercusión, los marginados gratificaban su inestable y a menudo desanimado corazón con agradecimientos tan tiernos que él salía reforzado y hallaba en ellos un auténtico consuelo, mientras que sus amigos y hasta su padre lo injuriaban tratándolo de loco.

Entretanto, su aún inquieta consciencia lo arrastró a peregrinar a Roma. Allí entregó todo cuanto portaba consigo como ofrenda en la Catedral de San Pedro, trocó su vestimenta por la de un mendigo y tomó el lugar de aquél. Sin embargo, rápidamente entendió que en vano buscaba salvación allí en Roma, junto a la pompa de la curia papal; en cambio, por primera vez probó la verdadera pobreza en la vestimenta de aquel mendicante y decidió mantenerse leal a ella también en el futuro.

Tras regresar de Roma, permaneció constantemente en soledad y pasaba la mayor parte del tiempo en la capilla de San Damián, situada sobre una colina en la cercanía de la ciudad de Asís. Allí, en medio de ardientes luchas internas y oraciones, encontró valor y regocijo, y resolvió dejar detrás de sí todo lo pasado de manera definitiva, confiarse únicamente a Dios y empezar una vida nueva. A partir de ese instante se sintió henchido de una alegre serenidad, de modo que pudo asumir con firmeza en su persona todas las humillaciones y dolores. Pues enseguida empezó para él una mala época.

Vendió lo que aún poseía en la casa paterna, junto con su caballo, y entregó el dinero al cura de aquella capilla, que se hallaba descuidada y en peligro de derrumbe. Él mismo se quedó junto al cura y comenzó las refacciones con sus propias manos, habida cuenta de que aún no había descubierto ninguna otra manera de mostrar su amor por Dios y de ofrendar su vida. Se escondió de su padre, cuyo enojo ahora era absoluto y pretendía hacerlo regresar a la fuerza, hasta que sintió vergüenza, emergió de su escondite y entró a Asís con abierta valentía, a fin de hablar con su progenitor. En todas las calles lo seguía la gente que había oído de su novedosa conducta y se mofaban de él, pues no podían sino achacarla a una extraña locura.

Llegó bajo el griterío y las burlas del pueblo, lo cual enojó tanto al señor Bernardone que éste tomó a Francisco, le pegó y torturó y encerró en un oscuro rincón de su casa. De allí escapó tras un tiempo con ayuda de su madre. El señor Bernardone lo denunció entonces ante las autoridades, quienes a su vez lo remitieron a un

tribunal religioso para que respondiera de su conducta. Francisco fue citado a comparecer ante el tribunal del obispo en un día establecido. Al llegar al lugar, obediente y contento, encontró allí reunida la ciudad entera por curiosidad y ganas de mofarse. Después de que su padre lo expulsara y desheredara con gran furia, el joven procedió de inmediato a quitarse humildemente sus ropas, que pertenecían al señor Bernardone, se las entregó, quedó desnudo allí de pie y declaró su propósito de reponer únicamente ante el Padre en el Cielo en el futuro. Nadie se animó entonces a burlarse de él, y el obispo, asombrado por tanta valentía y fe, cubrió al desnudo con su propio manto.

Este fue el casamiento de Francisco con la sagrada pobreza. Había encontrado el tesoro que persiguiera durante algunos años: la armonía de su ánimo con Dios y con el mundo. De allí en adelante no volvió a intranquilizarlo ningún tipo de preocupación exterior; como un niño se entregó a la protección de Dios y hablaba con él, no como ante un espíritu muy lejano y nunca visto, sino como si se dirigiera a un padre presente, amoroso y familiar.

Y así como de niño había sido un poeta, un soñador y un trovador, brotó ahora en su alma liberada un nuevo manantial, rebosante de alegrías y canciones. Sus canciones no fueron registradas por nadie, sólo una llegó hasta nosotros. Pero atravesaron los lejanos campos entonando el consuelo y las ganas de vivir en miles de

corazones oprimidos, renovando el brío en los ánimos cansados y desalentados, penetrando hondo en los oídos del pueblo y encendiendo un ardor como pocos cantores lo han encendido jamás.



La emancipación. Francisco le devuelve su vestimenta a su indignado padre.

Profundamente feliz con su conquistada libertad, Francisco recorría los valles y las verdes colinas de su tierra como un santo y un bienaventurado. La belleza de esta Tierra se le abrió a su tierno amor infantil como un mundo renacido y radiante; árboles en flor y suaves pastizales, arroyos que fluyen y relucen, el azulado cielo y las nubes pasando, el azul de la distancia y el verde de los